

EN CLAVE

A igual número le corresponde igual letra.

SOLUCION: mañana

UNOS DURAZNOS BLANCOS Y MUY DULCES

Página 2/3



Otoño / 12

más vale tarde que nunca

EL JUGADOR

▲ (Por Manuel Vicent) Sólo deseaba purificarse. Por eso salió desesperado de noche por toda la ciudad en busca de un ángel cuyo paradero ignoraba. A esa hora la ciudad de Ninive se hallaba reventando de placer: parejas de jabalíes copulaban sobre el capó de los coches, en ciertos bares servían alondras fritas a los canallas, las tinieblas estaban iluminadas por el resplandor de muchas manadas de caballos blancos que emergían de los sótanos, y por todas partes se oían disparos entre carcajadas. Al filo de la madrugada el jugador inició el propio laberinto, y durante ese oscuro trayecto visitó diversos antros, bajó a todos los aljibes de música y en ellos los búfalos bebían boca abajo colgados de las lámparas, pero el ángel no estaba allí, aunque en cada lugar había dejado una huella de fuego o de ceniza que lo delataba. Siguiendo este rastro, el jugador atravesó túneles de hormigón repletos de vagabundos que dormían arrullados por una nana de Brahms, y dobló las esquinas más duras en cuyas sombras se ofrecían réplicas del *David* de Miguel Ángel a cambio del azar de una puñalada.

Así llegó hasta la vertical del matadero público, donde en un garito se impartían naipes junto a una batería de bueyes desollados, los cuales sin cabeza aún mugían. Alguien le dijo que el ángel había pasado por allí vistiendo un blusa de seda blanca y falda negra hasta los pies. El jugador sólo sabía que era hermoso y tan rubio que parecía estar siempre ardiendo. Pensó que tal vez llegaría a descubrirlo por el fulgor de su llama en la oscuridad, y fue al amanecer de ese mismo día cuando por fin logró divisarla. Sobre una colina de Ninive ahora una hoguera estaba brillando y el jugador voló hacia ella velozmente y desde muy lejos vio que aquel fuego tenía forma de ángel y en sus manos también se quemaban unas cartas de black jack. El jugador se postró ante él y suplicó que aceptara en apuesta su corazón después de haberlo dejado sobre el paño verde. El ángel le dio el tres de diamantes y un par de reyes. Le redujo el corazón y el dinero a cenizas y con eso quedó purificado.



P

Por Daniel Moyano

or los años 42 o 43, en Alta Gracia, mi primo y yo íbamos todos los jueves a la plaza Manuel Solares, a la hora de la retreta, para vengarnos de que no nos dejaron estudiar música, que era nuestra vocación. La venganza consistía en llegar de golpe a las espaldas del director, un tal Ocampo, justo cuando éste levantaba la batuta para atacar la primera pieza del concierto, y eructar a dúo, lo más fuerte posible, ante el escándalo de las viejas que tejían en los bancos cerca de la pérgola y del propio Maestro, que se agarraba los pocos pelos que tenía y nos insultaba en voz baja pero con contradicción. Podíamos eructar a voluntad tragando aire primero, y soltándolo luego con distintas aberturas de boca, regulando intensidad y altura según nuestras intenciones. Una manera como cualquier otra de hacer música, en este caso de percusión.

Un poco más arriba, y cerca del Sierras Hotel, vivían los padres de un compañero de colegio, físicamente muy ágil, que se llamaba Ernesto y era asmático, y más o menos siguiendo la misma dirección pero hacia la izquierda, en un chalet que se llamaba Los Espinillos, un viejo cascarrabias, flaco y calvo, que se pasaba los días y las noches componiendo música. La misma que nos negaban a nosotros, por no tener piano, por ser muy pobres o malditos, qué sé yo; el hecho es que cuando aparecimos por el Conservatorio y nos vieron la pinta, una mujer alta y barbuda levantó un dedo índice que, por las palabras que lo acompañaban, en cualquier momento se transformaba en un garrote, y nos señaló la puerta de calle. Retírense de aquí inmediatamente, decía la boca de la vieja, ayudada por el dedo índice que se agitaba enorme por encima de su cabeza.

Lo que pasa es que tanto mi primo como yo éramos conocidos en el pueblo por andar recogiendo las sobras de los platitos en los bares, los higos que caían por encima de la tapia desde el interior de una finca a la vereda, cualquier cosa comestible que alguien dejara por ahí o simplemente se le cayera. No nos dejaban entrar ni en el cine ni en los bares, salgan de aquí malditos pedigueños, nos decían en las fiestas de bautismo o casamiento, y en las kermeses y en los circos que venían de vez en cuando nos toleraban hasta que nos conocían.

Por eso siempre andábamos, mi primo y yo, por las orillas de las cosas, nunca en su centro, nunca mirándolas de frente. Vivíamos de soslayo. Y nos miraban del mismo modo. Eructábamos los conciertos del maestro Ocampo para que al menos para correrlos o amenazarlos con llamar a la policía, nos miraran de frente. Y sobre todo porque nos divertía.

A veces el maestro, antes de comenzar, echaba una mirada alrededor y viendo que no estábamos atacaba inmediatamente sin darnos tiempo para la sorpresa, casi siempre alguna cosa de Rossini o Von Suppé. Como conocíamos las obras de memoria, aparecíamos unos segundos antes de algún silencio significativo en la partitura y se lo eructábamos todo, tantas veces como tiempos tuviera el compás. Esto provocaba automáticamente un cacareo de viejas (que aprovechábamos para escapar), golpes de batuta sobre el atril interrumpiendo la ejecución, y el inmediato *da capo* que el director ordenaba pronunciando letra por letra, dándoles la entonación de un conocido insulto. Y claro, con esos antecedentes era normal que la barbuda nos echara del Conservatorio.

Y esa vida a los saltos y ese andar siempre por las orillas comenzó cuando terminamos el curso de solfeo para entrar en la Banda Municipal, pero tuvimos que dejar porque no alcanzaban los instrumentos donados por el Círculo de Damas. Yo le había echado el ojo a un flicorno tenor y mi primo a un requinto que era una delicia, pero el maestro Ocampo prefirió entregarlos a los alumnos

Daniel Moyano nació en La Rioja. Allí vivió y escribió hasta 1976 cuando el golpe de marzo lo obligó a dejar su violín —el instrumento que le permitía vivir— y su tierra. Como tantos otros recaló en España donde la música no le sirvió de nada. Fue plomero, vendedor de libros de puerta en puerta y esporádicamente periodista. Pero casi sin darse cuenta se convirtió en uno de los escritores argentinos más importantes de los últimos veinte años.

UNOS DURA BLANCO Y MUY DU



Por Daniel Moyano
or los años 42 o 43, en Alta Gracia,
mi primo y yo íbamos todos los
jueves a la plaza Manuel Solares, a la
hora de la retira, para vernos de que no
nos dejaran estudiar música, que era nuestra
vocación. La venganza consistía en llegar de
golpe a las espaldas del director, un tal
Ocampo, justo cuando éste levantaba la ha-
tuta para atacar la primera pieza del concier-
to, y eructar a dúo, lo más fuerte posible, an-
te el escándalo de las viejas que tejían en los
banos cerca de la pargola y del propio Ma-
estro, que se agarraba los pocos pelos que te-
nía y nos insultaba en voz baja pero con-
trariamente. Podíamos eructar a volun-
tad tragando aire primero, y soltándolo
luego con distintas aberturas de boca, regu-
lando intensidad y altura según nuestras in-
tenciones. Una manera como cualquier otra
de hacer música, en este caso de percusión.

Un poco más arriba, y cerca del Sierras
Hotel, vivían los padres de un compañero de
colegio, físicamente muy ágil, que se llamaba
Ernesto y era asmático, y más o menos si-
guiendo la misma dirección pero hacia la iz-
quierda, en un chalet que se llamaba Los
Españoles, un viejo cascarrabias, flaco y
calvo, que se pasaba los días y las noches
componiendo música. La misma que nos re-
gaban a nosotros, por no tener piano, por ser
muy pobres o malditos, que se yo; el hecho es
que cuando aparecimos por el Conservato-
rio y nos vieron la pinta, una mujer alta y
barbuda levantó un dedo índice que, por las
palabras que lo acompañaban, en cualquier
momento se transformaba en un garrote, y
nos señaló la puerta de calle. Retiréme de aquí
inmediatamente, decía la boca de la vieja,
evadido por el dedo índice que se agita-
ba enorme por encima de su cabeza.

Lo que pasa es que tanto mi primo como
yo éramos conocidos en el pueblo por andar
recogiendo las sobras de los platos en los
bares, los higos que caían por encima de la
tapia desde el interior de una finca a la ver-
de, cualquier cosa comestible que alguien
dejara por ahí o simplemente se le cayera.
No nos dejaban entrar ni en el cine ni en los
bares, salgan de aquí malditos pediguños,
nos decían en las fiestas de bautismo o casa-
miento, y en las kermeses y en los circos
que venían de vez en cuando nos toleraban
hasta que nos conocían.

Por eso siempre andábamos, mi primo y
yo, por las orillas de las cosas, nunca en su
centro, nunca mirándonos de frente. Vi-
viámos de solado. Y nos miraban del mismo
modo. Eructábamos los conciertos del ma-
estro Ocampo para que al menos para
corremos o amenazamos con llamar a la po-
licía, nos miraran de frente. Y sobre todo
porque nos divertía.

A veces el maestro, antes de comenzar,
echaba una mirada alrededor, y viendo que
no estábamos atacaba inmediatamente sin
darnos tiempo para la sorpresa, casi siempre
alguna cosa de Rossini o Von Suppé. Como
conocíamos las obras de memoria, apare-
cíamos unos segundos antes de algún silen-
cio significativo en la partitura y se lo eructa-
bamos todo, tantas veces como tiempos tu-
viera el compás. Esto provocaba automáti-
camente un cacareo de viejas (que apro-
vechábamos para escapar), golpes de batuta
sobre el atril interrumpiendo la ejecución, y el
inmediato *da capo* que el director ordena-
ba pronunciando letra por letra, dándonos la
entonación de un conocido insulto. Y claro,
con esos antecedentes era normal que la bar-
buda nos echara del Conservatorio.

Y esa vida a los saltos y ese andar siempre
por las orillas comenzó cuando terminamos
el curso de solfeo para entrar en la Banda
Municipal, pero tuvimos que dejar porque
no alcanzaban los instrumentos donados por
el Círculo de Danzas. Yo le había echado el
ojo a un flicom tenor y mi primo a un re-
quinto que era una delicia, pero el maestro
Ocampo prefirió entregarlos a los alumnos

Daniel Moyano nació en La
Rioja. Allí vivió y escribió hasta
1976 cuando el golpe de marzo
lo obligó a dejar su violín —el
instrumento que le permitía
vivir— y su tierra. Como tantos
otros recaló en España donde la
música no le sirvió de nada. Fue
plomero, vendedor de libros de
puerta en puerta y
esporádicamente periodista.
Pero casi sin darse cuenta se
convirtió en uno de los
escritores argentinos más
importantes de los últimos
veinte años.

UNOS DURAZNOS BLANCOS Y MUY DULCES



que habían obtenido mejores calificaciones
que nosotros.

Por eso le eructábamos los conciertos al
viejo maldito.

Paréceme que mi primo y yo le cámos bien a
Ernesto, que una vez nos invitó a su casa,
enorme y hermosa, en lo alto del pueblo, a
tomar el té como si fuéramos niños educa-
dos. Había oído hablar de nuestros perritos
al maestro Ocampo, y nos pidió que eructá-
ramos. Pero no nos animamos porque te-
níamos vergüenza de su padre, que se llama-
ba Ernesto como él.

La última vez que lo vimos fue aquel vera-
no que con mi primo planeamos un robo en
el chalet del viejo calvo. Había un duraznero
en su jardín, de esos duraznos blancos y tan
dulces, que cuando maduran son rosáceos
por fuera pero por dentro enteramente blan-
cos y jugosos. Sabíamos a qué hora el viejo
compañía y a qué horas dormía la sista, y a
qué hora una mujer que lo cuidaba y que era
su hermana se recostaba en un sillón a cabe-
cear unos minutos.

Ese día dijo mi primo:
—Podríamos invitarlo a Ernesto, ¿no?
Serían como las tres de la tarde cuando
nos reunimos. Íbamos los tres subiendo la
cuesta, oyendo los sonidos de la sista en el
monte, mejor dicho ese silencio donde sola-
mente se oye el canto de las torcazas, que
viene muy de lejos, como del otro lado de la
tierra.

—Che —dijo de pronto Ernesto—, cómo
es ese asunto de los crucos.
En cuanto empezamos a probar, que era
como afinar, Ernesto soltó una carcajada.
Dominábamos tanto esa forma (tan válida
como cualquier otra, pienso) yo de emitir so-

nidos, que eran prácticamente nuestras vo-
ces, nuestra forma de cantar. Teníamos a
medio ensayar un *dúeto* precioso, donde
una de las voces intentaba ser una melodía y la
otra hacía un acompañamiento de pura
percusión.

Justo cuando estábamos empezándolo, el
chalet del viejo se nos apareció de golpe, al
fondo una ventana alta, en primer plano los
duraznos a punto de descolgarse de las ra-
mas, de tanto que lo había madurado el sol
y, según decían, el canto de las chicharras.
Tendimos el oído a ver si como siempre es-
taba sonando el piano, pero nada, el viejo se-
guramente dormía. Nos metimos las puntas
de las camisas dentro de los pantalones, em-
bolándonos un poco, para guardar allí el
producto de la expropiación, y salíamos la
verja.

Corríamos y guardábamos, pero al mis-
mo tiempo comíamos. Pronto desapare-
cieron los de abajo y hubo que trepar, che,
no suban todos a la vez que el árbol es muy
debil. Hasta que quedó un solo durazno allá
en la punta inalcanzable, desparpando
aroma y jugo.

—Vamos —ordenó Ernesto en voz ba-
ja—, paréceme que el viejo se está levantando.
Pero yo ni me moví, mirando el ejemplar
de alta arriba, el más grande de todos, enor-
me, más que un durazno era un faisán, un
melón lleno de miel, una joya sacada del fon-
do de una gruta.

Entre los tres empezamos a sacudir el ár-
bol hasta conseguir el balanceo violento ca-
paz de producir el desprendimiento de la fru-
ta. Caían hojas y pequeñas ramas, duraznos
medio sacos que no habíamos tocado, o ha-
bíamos desechado, bichos cacarudos y un
montón de mierda.

Y parece que alguien que ignoraba la im-
portancia de ese río llegó un día a la casa y
dijo que nadie se diera cuenta puso los relojes
en la misma hora, y dicen que en ese mismo
momento el viejo se despidió para siempre
de la música y de Alta Gracia y de su tierra,
porque pocos días después encerrado en una
caja oscura lo llevaron por el mar hasta su
tierra donde duerme todos los silencios mu-
sicales juntos.

Mi primo y yo y otros chicos que ya toca-
ban en la Banda merodeamos por la casa el
día de su muerte, pensando que si en vez de
robárselo los duraznos le hubiésemos pedido
que nos enseñase un poco de música acaso él
hubiese aceptado. Y nos entraba la lástima y
teníamos remordimientos.

El viejo se me apareció de golpe años des-
pués, en su tierra. Yo llevaba un tiempo en
España, y una tarde estaba tomando tran-
quilamente una cerveza cuando en eso pego
y me dan el vuslo y lo veo aparecer flaco y
calvo como siempre, enmarcado por el con-
torno de un billete de cien pesetas, que hacía
las veces de aquella ventana de su casa de Al-
ta Gracia donde se asomó para decirnos que
no le rompíamos el árbol.

Con nuestro obsequio en el robo de la fru-
ta me reencontré después de mucha vida. El
encuentro tuvo lugar en las páginas de un se-
manario, mejor dicho en una fotografía to-
mada durante una nevada en Alta Gracia,
que mi memoria retiene. La revista, en un
número súper extra, la publicaba para
ilustrar la infancia del que yacía en la foto de
la portada, rematado a tiro en un pueblo
boliviano llamado Nancaguzú. Se me salta-
ron las lágrimas al ver en qué estado había
quedado el niño que yo conocí.

Para atenuarlas, recordando una vieja
mala costumbre, le dediqué un hermoso
eructo modulado, agudo, mozartiano, co-
mo quien intenta provocarle una sonrisa.

esqueleto de chicharra.
La percepción del olor intenso de las hojas
cortadas llegó junto con el ruido de la ven-
ta que se abría dando paso a esa cara es-
pectral extraída del fondo de la sista, y a sus
palabras:

—Llévans la fruta pero no rompáis el ár-
bol.
Después de comer sólo los muy maduros,
guardar los que estaban a punto y tirar al río
los muy verdes, mi primo y yo quisimos ha-
cer el reparto. Ernesto dijo que si él llegaba
con duraznos a la casa tendría que dar expli-
caciones muy serias, de modo que nos cedió
su parte. Nuestros padres y tío, en cambio,
se alegraron de que lleváramos comestibles,
y más que ellos nuestros hermanos y primos
más pequeños.

Al atardecer estábamos sentados en el mu-
rallón del Tajamar, enfrente de la casa del
virrey Liniers. Ernesto dijo:

—Al final no cantaron el dúo. ¿Cómo
era?

—Bueno, cantar es un decir. Lo nuestro es
más bien un juego o una burla.
—Eso no importa. Dale, canten.
Afinamos otra vez (creo que afinar era lo
más gracioso, por las caras que poníamos,
imitando al maestro Ocampo), pero no can-
tamos el dúo. Dejándonos llevar por la afi-
nación, que nos salió perfecta, le "eructa-
mos" unas especies de modulaciones mozar-
tianas, suavísimas y dulces como los duraz-
nos blancos, y Ernesto no paró de reír y de
reír.

—Che, que el viejo de los duraznos era es-
pañol. Había tenido que huir de su tierra, por
como no se resignaba a vivir fuera de ella
tenía dos relojes, uno para la hora de acá,
otro para la de allá, y los que daba cuerda to-
das las noches a fin de que no se le paraliza-
ra la patria lejána, ni tampoco ésta que le ha-
bían prestado. Lo más importante era no
perder la diferencia horaria, para que, aun-
que muy a la distancia, el país que dejó se
mantuviera presente en el tiempo de todos
los días.

Y parece que alguien que ignoraba la im-
portancia de ese río llegó un día a la casa y
dijo que nadie se diera cuenta puso los relojes
en la misma hora, y dicen que en ese mismo
momento el viejo se despidió para siempre
de la música y de Alta Gracia y de su tierra,
porque pocos días después encerrado en una
caja oscura lo llevaron por el mar hasta su
tierra donde duerme todos los silencios mu-
sicales juntos.

Mi primo y yo y otros chicos que ya toca-
ban en la Banda merodeamos por la casa el
día de su muerte, pensando que si en vez de
robárselo los duraznos le hubiésemos pedido
que nos enseñase un poco de música acaso él
hubiese aceptado. Y nos entraba la lástima y
teníamos remordimientos.

El viejo se me apareció de golpe años des-
pués, en su tierra. Yo llevaba un tiempo en
España, y una tarde estaba tomando tran-
quilamente una cerveza cuando en eso pego
y me dan el vuslo y lo veo aparecer flaco y
calvo como siempre, enmarcado por el con-
torno de un billete de cien pesetas, que hacía
las veces de aquella ventana de su casa de Al-
ta Gracia donde se asomó para decirnos que
no le rompíamos el árbol.

Con nuestro obsequio en el robo de la fru-
ta me reencontré después de mucha vida. El
encuentro tuvo lugar en las páginas de un se-
manario, mejor dicho en una fotografía to-
mada durante una nevada en Alta Gracia,
que mi memoria retiene. La revista, en un
número súper extra, la publicaba para
ilustrar la infancia del que yacía en la foto de
la portada, rematado a tiro en un pueblo
boliviano llamado Nancaguzú. Se me salta-
ron las lágrimas al ver en qué estado había
quedado el niño que yo conocí.

Para atenuarlas, recordando una vieja
mala costumbre, le dediqué un hermoso
eructo modulado, agudo, mozartiano, co-
mo quien intenta provocarle una sonrisa.

DURAZNOS LOS DULCES



que habían obtenido mejores calificaciones que nosotros.

Por eso le eructábamos los conciertos al viejo maldito.

Parece que mi primo y yo le caímos bien a Ernesto, que una vez nos invitó a su casa, enorme y hermosa, en lo alto del pueblo, a tomar el té como si fuéramos niños educados. Había oído hablar de nuestras perrerías al maestro Ocampo, y nos pidió que eructáramos. Pero no nos animamos porque teníamos vergüenza de su padre, que se llamaba Ernesto como él.

La última vez que lo vimos fue aquel verano que con mi primo planeamos un robo en el chalet del viejo calvo. Había un duraznero en su jardín, de esos duraznos blancos y tan dulces, que cuando maduran son rosáceos por fuera pero por dentro enteramente blancos y jugosos. Sabíamos a qué horas el viejo componía y a qué horas dormía la siesta, y a qué hora una mujer que lo cuidaba y que era su hermana se recostaba en un sillón a cabecear unos minutos.

Ese día dijo mi primo:

—Podríamos invitarlo a Ernesto, ¿no?

Serían como las tres de la tarde cuando nos reunimos. Ibamos los tres subiendo la cuesta, oyendo los sonidos de la siesta en el monte, mejor dicho ese silencio donde solamente se oye el canto de las torcazas que viene muy de lejos, como del otro lado de la sierra.

—Che —dijo de pronto Ernesto—, cómo es ese asunto de los eructos.

En cuanto empezamos a probar, que era como afinar, Ernesto soltó una carcajada. Dominábamos tanto esa forma (tan válida como cualquier otra, pienso yo) de emitir so-

nidos, que eran prácticamente nuestras notas, nuestra forma de cantar. Teníamos a medio ensayar un *duetto* precioso, donde una de las voces intentaba ser una melodía y la otra hacía un acompañamiento de pura percusión.

Justo cuando estábamos empezándolo, el chalet del viejo se nos apareció de golpe, al fondo una ventana alta, en primer plano los duraznos a punto de descolgarse de las ramas, de tanto que los había madurado el sol y, según decían, el canto de las chicharras.

Tendimos el oído a ver si como siempre estaba sonando el piano, pero nada, el viejo seguramente dormía. Nos metimos las puntas de las camisas dentro de los pantalones, embolsándolas un poco, para guardar allí el producto de la expropiación, y saltamos la verja.

Cortábamos y guardábamos, pero al mismo tiempo comíamos. Pronto desaparecieron los de abajo y hubo que trepar, che, no suban todos a la vez que el árbol es muy débil. Hasta que quedó un solo durazno allá en la punta inalcanzable, desparramando aroma y jugo.

—Vamos —ordenó Ernesto en voz baja—, parece que el viejo se está levantando.

Pero yo ni me moví, mirando el ejemplar de allá arriba, el más grande de todos, enorme, más que un durazno era un faisán, un melón lleno de miel, una joya sacada del fondo de una gruta.

Entre los tres empezamos a sacudir el árbol hasta conseguir el balanceo violento capaz de producir el desprendimiento de la fruta. Caían hojas y pequeñas ramas, duraznos medio secos que no habíamos visto o habíamos desechado, bichos cascarudos y un

esqueleto de chicharra.

La percepción del olor intenso de las hojas cortadas llegó junto con el ruido de la ventana que se abría dando paso a esa cara espectral extraída del fondo de la siesta, y a sus palabras:

—Llévanos la fruta pero no rompáis el árbol.

Después de comer sólo los muy maduros, guardar los que estaban a punto y tirar al río los muy verdes, mi primo y yo quisimos hacer el reparto. Ernesto dijo que si él llegaba con duraznos a la casa tendría que dar explicaciones muy serias, de modo que nos cedió su parte. Nuestros padres y tíos, en cambio, se alegrarían de que lleváramos comestibles, y más que ellos nuestros hermanos y primos más pequeños.

Al atardecer estábamos sentados en el murallón del Tajamar, enfrente de la casa del virrey Liniers. Ernesto dijo:

—Al final no cantaron el dúo. ¿Cómo era?

—Bueno, cantar es un decir. Lo nuestro es más bien un juego o una burla.

—Eso no importa. Dale, canten.

Afinamos otra vez (creo que afinar era lo más gracioso, por las caras que poníamos, imitando al maestro Ocampo), pero no cantamos el dúo. Dejándonos llevar por la afinación, que nos salió perfecta, le "eructonamos" unas especies de modulaciones mozartianas, suavísimas y dulces como los duraznos blancos, y Ernesto no paró de reír y de reír.

Dicen que el viejo de los duraznos era español. Había tenido que huir de su tierra, pero como no se resignaba a vivir fuera de ella tenía dos relojes, uno para la hora de acá, otro para la de allá, a los que daba cuerda todas las noches a fin de que no se le paralizara su patria lejana, ni tampoco ésta que le habían prestado. Lo más importante era no perder la diferencia horaria, para que, aunque muy a la distancia, el país que dejó se mantuviera presente en el tiempo de todos los días.

Y parece que alguien que ignoraba la importancia de ese rito llegó un día a la casa y sin que nadie se diera cuenta puso los relojes en la misma hora, y dicen que en ese mismo momento el viejo se despidió para siempre de la música y de Alta Gracia y de su tierra, porque pocos días después encerrado en una caja oscura lo llevaron por el mar hasta su tierra donde duerme todos los silencios musicales juntos.

Mi primo y yo y otros chicos que ya tocaban en la Banda merodeamos por la casa el día de su muerte, pensando que si en vez de robarle los duraznos le hubiésemos pedido que nos enseñase un poco de música acaso él hubiese aceptado. Y nos entraba la lástima y teníamos remordimientos.

El viejo se me apareció de golpe años después, en su tierra. Yo llevaba un tiempo en España, y una tarde estaba tomando tranquilamente una cerveza cuando en eso pago y me dan el vuelto y lo veo aparecer flaco y calvo como siempre, enmarcado por el contorno de un billete de cien pesetas, que hacía las veces de aquella ventana de su casa de Alta Gracia donde se asomó para decirnos que no le rompíamos el árbol.

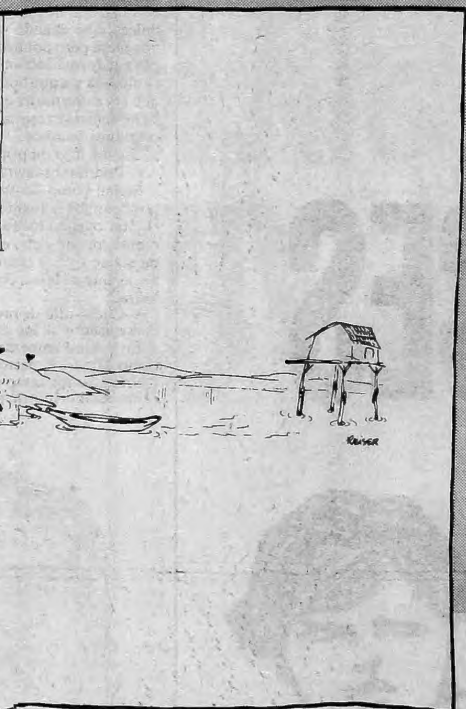
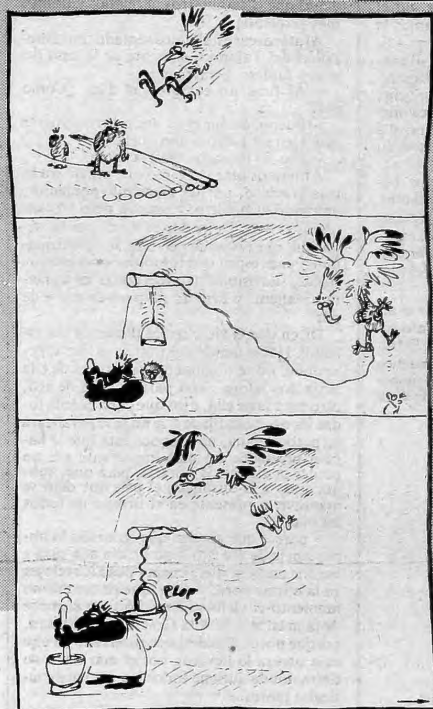
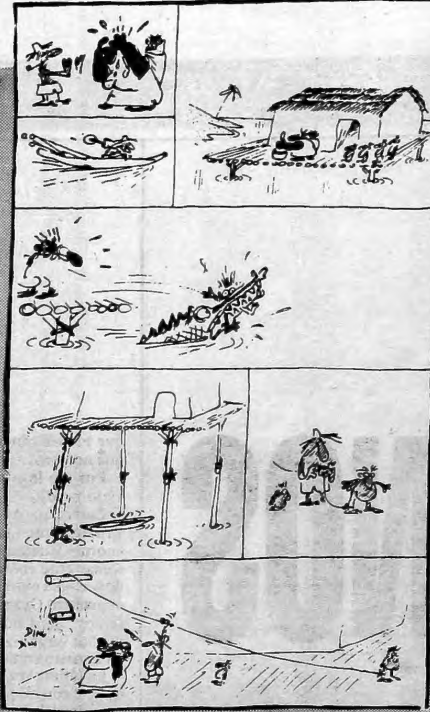
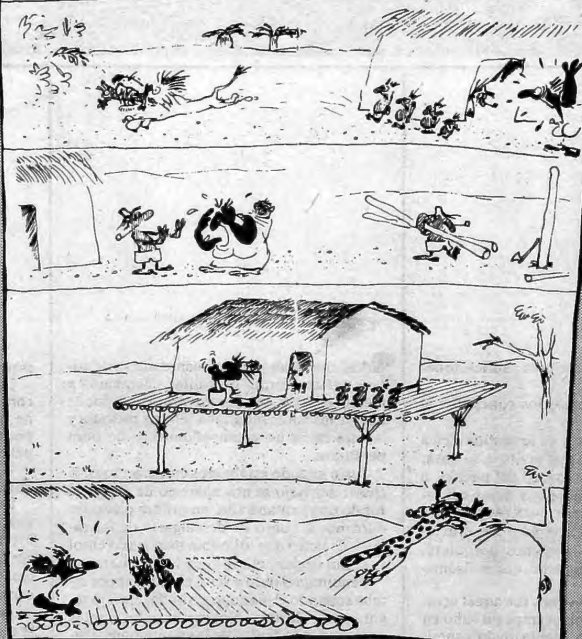
Con nuestro cómplice en el robo de la fruta me reencontré después de mucha vida. El encuentro tuvo lugar en las páginas de un semanario, mejor dicho en una fotografía tomada durante una nevada en Alta Gracia, que mi memoria retenía. La revista, en un número súper extra, la publicaba para ilustrar la infancia del que yacía en la foto de la portada, rematado a tiros en un pueblo boliviano llamado Nancaagua. Se me saltaron las lágrimas al ver en qué estado había quedado el niño que yo conocí.

Para atenuarlas, recordando una vieja mala costumbre, le dediqué un hermoso eructo modulado, agudo, mozartiano, como quien intenta provocarle una sonrisa.

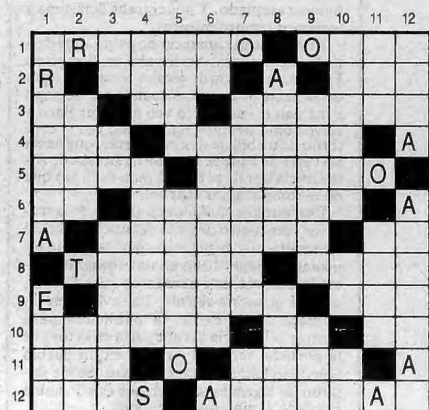
LOS NIÑOS SE HAN IDO

por Reiser

LES ENFANTS S'EN VONT...



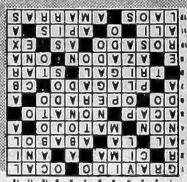
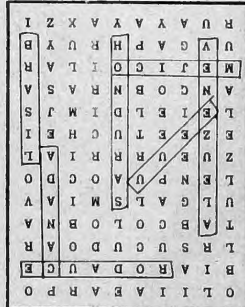
CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1. Que pesa por la carga que contiene / Capullo hecho por dos gusanos de seda juntos. 2. Cumbre / Ave trepadora. 3. Contracción / Sexta nota musical / Amapola. 4. Impar / Renuevo de un árbol. 5. Madera rojiza usada en ebanistería. / No nacido. 6. Primera nota musical / Intervenido quirúrgicamente. 7. Dañado. / Iniciales del técnico Bilaro. 8. Campo sembrado de trigo / Anglicismo por estrella cinematográfica. 9. Azada grande / Sulfo: terminación de la cetanas. 10. De color rosa / Moneda romana de bronce / Prefijo: separación. 11. Yerno de Mahoma / Dios egipcio del Nilo. 12. País de Indochina / Cadena (pl.).

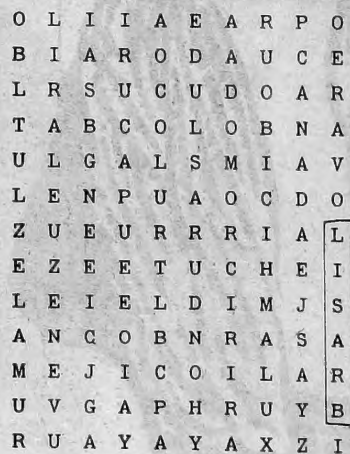
VERTICALES: 1. Ciudad de Andalucía / Res vacuna de más de un año. 2. Orate / Onibulón en el agua. 3. Antes de Cristo / Símbolo de sodio / Cristal de roca con silicato de hierro. 4. Indigno, infame / Orden de cobro. 5. El que preside la oración canónica musulmana. / Abonada. 6. Otorga / Inundado. 7. Atáscalo / Ante Meridiano. 8. Fertilizad. / Capa de agua subterránea. 9. Maltratados / Título de caballero inglés. 10. (Juan) descubridor de América del Norte / Medida japonesa de capacidad / Estroncio. 11. Orificio terminal del intestino. / (Miguel) autor de 'Juvenilia'. 12. Malva / Piedra preciosa.

SOLUCION



PAISES AMERICANOS

Encuentre en la sopa las siete palabras referidas al título que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda, damos una palabra ya ubicada.



LOS MEJORES CRUCIGRAMAS: CRUCINEMATOGRAFICO • IDA Y VUELTA • EN PAREJA • MELLIZOS • AUTODEFINIDO • VRUTOGRAMA • ENIGMATICO • PUBLICITARIO.

¡PRUEBELA!

